

De madres e hijas

Marina Recalde

“A mi madre y a la memoria de su madre. Cierta vez me preguntaste qué recordaría. Esto y mucho más”. Así, Amy Tan da comienzo a su novela, *El Club de la Buena Estrella* (TheJoyLuck Club) publicada en castellano hace trece años. La elección de este epígrafe no es azarosa: el libro recorre ese “algo” en la relación de la hija con la madre y, por qué no, de la madre con la hija.

Amy Tan nació en Oakland, California, en 1952. De padre ingeniero en Beijing y madre educada en una acomodada familia de Shangai que emigró a los Estados Unidos en 1949, su primer libro, *El Club de la Buena Estrella*, se convirtió en uno de los libros más leídos en el mundo. A éste le siguieron *La esposa del Dios del Fuego*, *La Dama de la Luna*, *El gato siamés chino*, *La hija del curandero* y *Los cien sentidos secretos*. Sus novelas han sido traducidas a veinte idiomas.

Sus padres habían querido un destino de neurocirujana para ella, sin embargo, pudo soltar amarras. Quería escribir. Quería contar historias. Y de eso se trata este libro. De historias. Cuatro historias de cuatro mujeres, sus hijas y sus madres. Mamushkas orientales y occidentales a su vez enlazadas entre sí.

Suyuan Woo (madre) y Jin-mei “June” Woo (hija)

Todo comienza cuando la protagonista, Jin-meiWoo (June) debe reemplazar a su madre en el sitio que ella tuvo hasta su imprevista muerte en la mesa del Club de la Buena Estrella, donde juegan mahjong.¹ Club fundado por su madre en China –durante la guerra- y que, al emigrar repite en San Francisco. Mientras juegan, disfrutan comida china y se “dicen” historias. Para eso, convoca a tres mujeres (An-meiHsu, Lindo Jong y Ying-ying St. Clair) a las que elige por percibir en ellas “el aturdimiento en el semblante”. Estas mujeres “dejaron atrás tragedias inenarrables, en China”. Interesante modo de tratar la tragedia: en vez de “esperar la muerte con el rostro apropiadamente sombrío”, deciden juntarse, saborear buena comida y narrar sus historias como “un modo de ser felices, a pesar de todo”.

June no ha tenido una buena relación con su madre ya que esta última “estaba siempre descontenta” de su hija. “Siempre fallaba algo, o necesitaba mejora, o no estaba equilibrado”. Hablaban lenguajes diferentes (y no solo porque ella hablara inglés y su madre le respondiera siempre en chino). “¿Por qué no te gusto como soy? ¡No soy ningún genio!”. La versión materna insiste: “¿quién te pide que seas un genio? Tan solo deseo lo mejor de ti misma, por tu propio bien”. June se rebela, prometiéndose que su madre no lograría cambiarla. No sería lo que no era. Sin embargo, da un concierto a pedido de su madre (que la sueña pianista exitosa) y el resultado es desastroso. “El semblante de mi madre fue lo que me devastó, la expresión sosegada y vacía de quien lo ha perdido todo”. A partir de ahí, abandona el piano, sin volver a

hablar jamás sobre aquél episodio. Nunca encuentra la ocasión de preguntarle por qué ella había puesto sus esperanzas en algo tan grande “que el fracaso era inevitable”.

Con este suceso, los sueños de su madre quedan archivados y June no se atreve a interrogarla sobre lo que más la atemoriza: “¿por qué había renunciado a la esperanza?”. La respuesta llega varios años después: le ofrece que se lleve el piano de la casa paterna y, frente a la sorpresa de su hija, le anuncia un “hecho irrefutable”: “tienes un talento natural. Podrías ser un genio si quisieras. Pero es que no lo intentas”. Una madre que siempre ha esperado que su hija realizara su aspiración de completud y una hija que solo en apariencia se niega a colmarla. La vía que elige es renegar de todo aquello que provenga del discurso materno.

Sin embargo, cuando June ocupa su sitio en el juego, las tres amigas de su madre deciden que ella debe conocer quién era su progenitora, con la esperanza de dar continuidad a la transmisión de una generación a otra. Descrédito en la hija, quien supone que “nada de lo chino” tiene que ver con ella, pero que a partir de estos relatos, decide realizar un viaje a Oriente para encontrarse con dos hermanas mayores abandonadas en circunstancias terribles por su madre y a las que ésta nunca había podido volver a ver. Es June quien reconstruirá esa historia. Es recién cuando muere su madre cuando ella puede empezar a preguntarse (y a responderse) qué de la historia de su madre atraviesa su propia vida. Inclusive su propio nombre (*meimei*, en chino) significa “hermana menor”, nombre que la inscribe en una genealogía que ella siempre se empeñó en desconocer. Hasta ese momento. Y es ahí donde descubre que por treinta y seis años nunca ha sabido realmente lo que su madre quería decir cuando sostenía que eso despertaría algún día y que se volvería china. Es obvio que no sucede exactamente así. Pero June encuentra su origen y, por qué no, un pedacito de ella misma.

An-Mei Hsu (madre) y Rose Hsu Jordan (hija)

Rose va a divorciarse y sabe que su madre An-mei se opondrá. Esto la atemoriza y no puede decírselo. Es interesante, ya que varios años atrás Ted, su actual marido, ha elegido casarse con ella a pesar de la oposición de su propia madre dado el origen oriental de Rose. Y es esta decisión de su partenaire de ir contra la voluntad materna, la que hace que ella se enamore y lo elija como marido. Precisamente en el punto en donde Rose se encontraba atrapada: ella siempre obedeció y creyó en su madre aunque no entendiera lo que quería decir. Madre que sentencia: “solo tienes que escucharme a mí”. “El psiquiátrico [por psiquiatra] solo te volverá confusa”. “Debes permanecer erguida y escuchar a tu madre, que está junto a ti. Si te inclinas para escuchar otras personas, crecerás torcida y débil y el primer viento fuerte te derribará al suelo”.

A pesar de todo, y no por fuera de su elección amorosa, Rose logra en cierto modo aprender que las palabras maternas le resbalen “sin afectarla”, aunque finalmente termina acatando todos y cada uno de los deseos y sugerencias que le hace su marido. Es decir, repite sin saberlo, aquello de lo que creía haberse en parte liberado. A tal

punto que cuando Ted comienza a interrogarla y a exigirle que diga lo que quiere y que se responsabilice de lo que elige, el matrimonio empieza a disolverse. Rose no puede elegir nada.

Es curiosa la versión materna sobre estos hechos. An-meiHsu se lamenta de “haber enseñado a su hija a desear” y de haber logrado, a pesar de su voluntad, el efecto contrario: su hija no desea nada.

Es An-Mei quien, queriendo evitar que le sucediera lo que le sucedió a ella misma (educada a la manera china, es decir, una mujer no debe desear nada) termina pensando que tal vez el fracaso con su hija se deba a que es su madre y es mujer, y ella a su vez es hija de su madre y mujer también. “Todas somos como unas escaleras, un escalón tras otro, que llevan arriba y abajo pero en la misma dirección”. Escalera sin salida que aplasta a unas y otras sin dejar ningún intersticio por donde salir.

Lindo Jong (madre) y Waverly Jong (hija)

En su China de origen, Lindo sacrifica su vida para cumplir la promesa hecha a sus padres. Casada “a futuro” con un hombre al que no ama, decide honrar las palabras parentales de modo que su futura suegra jamás pudiera desprestigiar a su propia madre. Su matrimonio es terrible y en un momento decide que siempre va a recordar los deseos de sus padres pero jamás va a olvidarse de ella misma. Con una artimaña, logra que la divorcien “sin deshonorar a su familia, y en especial a su madre”. Muchos años después se casa en Estados Unidos con un hombre al que ella elige y tiene a Waverly. Sin embargo, a pesar de haber sufrido en carne propia lo que es sacrificar la vida en función de los deseos de los padres, no logra evitar pensar que repite la historia con su propia hija. Waverly, por su parte, se siente “un peón frente a una reina”. Es una gran jugadora de ajedrez, hasta que empieza a sentir que juega para que su madre se luzca. Renuncia entonces al juego y, cuando quiere volver, “ha perdido el don” y ya no puede ganar ninguna partida, “como si su fracaso fuese una estrategia ideada por su madre”, quien no le perdona haber abandonado el juego y luego querer retomarlo como si nada hubiera pasado.

Años después, Waverly ha tenido una hija con un hombre al que su madre no quería como yerno y del cual se ha separado. Al tiempo, conoce a Rich, a quien ama y con quien pasa a convivir pero no puede decírselo de frente a su madre. Sabe que ésta lo sabe, sin embargo teme decírselo. El temor es a la crítica materna: “mi madre sabe cómo tocar una fibra sensible, y el dolor que siento es peor que el de cualquier otra clase de aflicción, porque lo que ella hace me afecta siempre como una conmoción, exactamente como una sacudida eléctrica, que se instala permanentemente en mi memoria”. Es interesante señalar que, de las cuatro hijas de estas cuatro historias, es la única que ha podido tener hijos (en verdad, una hija) y es la única que termina conviviendo con un hombre al que ama y que la ama. Es un peón frente a una reina, sí, pero que termina dando algunos pasos. Es oportuno recordar que su madre es, de las madres en juego, aquella que ha podido sustraerse al destino prefijado por sus padres, su pasado la ha marcado pero no condenado.

Ying-ying St. Clair (madre) y Lena St. Clair (hija)

Ying-ying de niña descubre “que la mujer es yin, la oscuridad interior, donde yacen las pasiones inmoderadas y el hombre es yang, la brillante verdad que ilumina nuestra mente”. A partir de este descubrimiento, no vuelve a ser la misma. Su propia madre ha tenido un hijo que nace muerto, lo que la sume en una depresión total y comienza a ignorar todo lo que la rodea; ignorancia que por supuesto la incluye y desgarrar: “el dolor de una hija por no ser vista por su madre es insoportable”. Cuando Ying-ying es grande, se casa con un “mal hombre” que la traiciona y, frente a lo cual, ella decide abortar el hijo que llevaba en su vientre. Luego vuelve a casarse con otro hombre, que la ama muchísimo y al que ella quiere, pero no ama, ya que su decisión de abortar la ha vuelto incapaz de amar “como un mortal”. Lo hace “como un fantasma”. Fruto de este nuevo matrimonio, nace Lena a quien Ying-ying quiere pero a la que supone sin espíritu, dado este origen.

Lena está casada con Harold, un americano a ultranza. Como corresponde, pagan todo a medias. Este hecho preocupa a Lena pero solo en la medida en que se pregunta qué verá su madre de todo esto. Su matrimonio tampoco marcha bien, aunque se empeña en ocultárselo.

Ying-ying piensa que Lena se ha casado con un mal hombre, repitiendo exactamente su historia. Y que lo hizo porque carece de espíritu, teniendo entonces ella misma, como madre, que dárselo. Es tarea de la madre ya que han “compartido el mismo cuerpo”. Hay una parte de su mente que forma parte de la suya. Nació de su vientre “pero se alejó”, y ahora debe contarle todo su pasado ya que entiende que “es la única manera de penetrar a través de su piel y tirar de ella para salvarla”. El único modo posible es “luchando contra ella, pero venciendo finalmente, ya que la madre debe darle a su hija su espíritu: es así como una madre ama a su hija”.

Los efectos en Lena de este Otro materno son terroríficos: la sumisión a su madre es total. Cree ciegamente que su madre puede ver más allá de las cosas; don que ha heredado de su abuela, lo que las constituye en “mujeres que saben todo. Perciben ‘por anticipado’”. Incluso supone que por más que ha creído evitar el presagio materno (“inexorablemente vas a casarte con un mal hombre”) este destino se ha cumplido a pie juntillas. Lena se encuentra sin escapatoria frente a este Deseo materno que no se regula.

No se trata de lograr que los personajes de esta novela respondan exactamente a tal o cual estructura. Tampoco son casos clínicos. Son, como vemos, cuatro historias, con sus matices, pero que –pienso– dan cuenta de manera ejemplar lo devastador y enigmático que puede resultar ese “entendimiento” entre una madre y una hija cuando no admite ninguna rasgadura, ningún intersticio que descomplete ese pacto, ninguna brecha que revele su propia castración. Si la hija no consiente a encontrar la respuesta a su propia femineidad en la madre, es que tendrá una salida: ya no espera de la madre que, como mujer, tenga que darle una respuesta.

ENLACES

PSICOANÁLISIS Y CULTURA

“Hablamos de devastación cuando hay un saqueo que se extiende a todo, que no termina, que no conoce límites”, afirma Jacques-Alain Miller.²
La lectura de este libro, como tantos otros, algo puede enseñarnos.

notas

¹ Juego chino, con fichas de colores y dados.

² Miller, J.-A., *El hueso de un análisis*, Tres Haches, Bs. As., 1998, p.81.